

te, era una inglesa tan excéntrica, que hay quien opine estaba loca. En el Cairo vive una principal dama de la corte de Inglaterra, que ha ido por gusto á formar parte del serrallo de un moreno señor egipcio. Yo he visto á las inglesas visitando la gruta de la sibila de Cumas montadas á horcajadas sobre la espalda de los robustos «ciceroni» italianos.

Atendido todo esto, no es de extrañarse que la jóven inglesa de que me ocupo haya tenido la fantasía de visitar el interior de la Pirámide de Cheops, sin ayuda ninguna, y en médias; como tambien parece muy natural que su padre le haya permitido hacerlo. Los ingleses son siempre niños; hay en el fondo de su alma, diáfano, visible océano de candor y de inocencia.—

Vuelvo á mi relato. Sostenido por mis árabes llegué á la cámara del Rey. Oscuridad profunda allí reina. El aposento es espacioso, las paredes de granito y el techo muy elevado. Hay en medio un enorme sepulcro de granito tambien, vacío en su interior. La momia que habia dentro, se encuentra actualmente en el Museo Británico de Lóndres.

Este colosal sarcófago es indudable que fué depositado en el interior de la Pirámide al ser esta construida, pues no es posible que hubiera cabido por la estrecha entrada que al aposento conduce. De esta sala parten dos pequeños orificios que comunican con el exterior, y sirven para que se renueve el aire constantemente. Uno de mis beduinos puso su cerillo en la direccion de los dos agujeros, y la llama vacilaba. Se cree que estos conductos tenian por objeto dejar penetrar el aire de que habian menester los operarios que trabajaban en el interior de la pirámide. Concluida la construccion, fueron tapados. Un inglés los encontró no hace mucho. El descubridor orgulloso dejó su nombre escrito en uno de los muros del aposento, creyéndose acreedor á la inmortalidad. Los ingleses son muy afectos á las cosas antiguas, y no hay para ellos dicha como la de dar con una de ellas, aun cuando sea un agujero. Dios sabe para qué ha criado á cada hombre, y asimismo que á mí se me daría un bledo

de descubrir un agujero siquiera fuese del tiempo de los Faraones.

Sobre este aposento hay otros cuatro mas pequeños y vacíos, que no parecen tener mas objeto que el de disminuir el peso que descansa sobre el techo de la cámara del Rey.

Dejé este aposento, y debo confesar que bajaba con temor y con temblor por aquel declive resbaladizo. Los árabes lo comprendieron así, y hé aquí que en un momento dos de ellos me levantaron en alto, sobre sus brazos unidos, por mas esfuerzos que hice para resistirlo. De esta manera pude hacer el descenso, sin exponerme á poner en escena la segunda parte del drama con visos de tragedia, representado por la inglesita; bien que este servicio hube de pagarlo, como es de entenderse, con un «bakshish» de primera clase.

La cámara baja llamada de la Reina, es mas pequeña que la otra, y está despojada de toda particularidad que pueda hacerla por algun título notable. Oscura y vacía, en vano me paseé recorriendo sus cuatro costados en busca de algun sarcófago que indicara su fúnebre destino. Las paredes de granito duras y frias, no tienen ni siquiera un agujero, cuyo descubrimiento glorificar pudiera el nombre de algun hijo del británico reino.

Al salir de aquí, encontramos á nuestro paso la boca de una especie de subterráneo que desciende perpendicularmente, y tiene tres ó cuatro comunicaciones hácia arriba. Mahmud bajó por allí con grande agilidad, para hacerme ver que la luz del cerillo que llevaba en la mano, salía al mismo tiempo por distintos conductos. Hecha esta experiencia, tornó á subir el doctor, cubierto de polvo en todo su cuerpo y sufriendo los accesos de una tos rebelde.

Con esto habia acabado de ver cuanto hay de notable en el interior de la Pirámide, y salí á la luz del dia ayudado por los beduinos. El gefe me esperaba á la puerta para pedirme régia gratificacion y doble paga de la que habiamos convenido. Por fortuna llegó en aquel punto Fortunato y pudo librarme del asalto, mediante el pago del precio estipulado y un moderado «bakshish.»

La familia irlandesa me esperaba para almorzar á la puerta de la única habitacion que existe en aquellos alrededores. Extenuado de fatiga, despues de tan trabajosas subidas y bajadas, mi apetito habia tocado á su mas alto punto de excitacion impaciente; de manera que devoré las viandas y vacié los vasos de vino en menos tiempo del que empleo en contarlos, sin sentirme por ello satisfecho. En la crítica situacion en que entonces me hallaba, sentíame capaz de dar buena cuenta del mismo dios egipcio, el buey Apis, por mas gordo que lo hubieran tenido los cuidados de los sacerdotes y el pueblo.

En tanto que almorzaba, divagaba mi vista por los lugares vecinos, donde los magníficos cuadros se desplegaban, de las grandezas de la naturaleza y el arte humano: el cielo, el Desierto y las Pirámides.

El sol caia perpendicularmente sobre la tierra. La atmósfera semejava inmensa, deslumbradora llama que salida del sol, viniese á lamer la superficie del terrestre planeta. Los arenales del Desierto presentaban el aspecto del prodigioso hacinado de ceniza de una hoguera gigantesca. Esta superficie inmensurable, árida y calcinada, era á mis ojos como el desolado rastro de terrible cataclismo. Los colosos de los Faraones se levantaban de la superficie amarillenta, y su imponente mole se dibujaba sobre la esplendidez del candente cielo.

La vida, sin embargo, animaba en aquellos momentos el magestuoso cuadro. Multitud de viajeros que habian ido como nosotros á visitar las Pirámides, almorzaban al pié de ellas, sentados sobre las piedras y al abrigo de su gigantesca sombra. ¡Mezcla singular de vida y de muerte, de pasado y de presente! Los trages europeos y á la última moda de Paris, eran heterogéneos en aquel sitio, donde parecen vagar todavía las sombras de los Faraones y de los israelitas cautivos.

Mucha falta hace un buen hotel en las inmediaciones de las Pirámides, pues habiendo como la hay tan grande afluencia de viajeros que vienen á dar su tributo de admiracion á los colosos, un estable-

cimiento de esta clase seria en extremo concurrido, y produciria soberbias ganancias. Solo que el hotel traeria la desventaja de desnaturalizar estos sitios antiguos, que parecen ser refractarios de todo lo moderno. No irian ya entonces los viajeros á almorzar sentados sobre las piedras, y el rústico cuadro perderia mucho de su poética novedad. Pero verdad es, se me dirá, que la comodidad en la vida práctica es con mucho preferible al arte y la poesía. Y á esto, nada respondo, pues mi objeto no es la didáctica ni la controversia.

Terminado el almuerzo, fuí en compañía de la familia irlandesa á mirar la Esfinge de cerca. La marcha sobre la arena es sumamente difícil y fatigosa. Las mujeres tienen necesidad de ser llevadas del brazo por los guías. Los hombres marchan apoyados sobre gruesos bastones que los conductores proporcionan.

Hé aquí la Esfinge. A primera vista me parece pequeña. Debajo del cielo, sobre el Desierto y al pié de las Pirámides, figurábase me juguete de niños.

Uno de los conductores trepó sobre el lomo del coloso y se encaramó en la cabeza. Entonces comprendí cuáles eran sus enormes dimensiones, pues el hombre sobre ella se veia como un insecto. Para que se forme idea el lector de la grandiosidad de la Esfinge, básteme dar aquí sucintamente su medida;

Altura total. . . . .	20 metros.
Cabeza. . . . .	9 „
Oreja. . . . .	2 „
Nariz. . . . .	1 79

De manera que un hombre de buena estatura puede ser apenas del tamaño de la nariz.

La Esfinge está tallada en una roca calcárea del mismo suelo, y tiene labrada únicamente la cabeza y la parte delantera del cuerpo. A partir del cuello, la enorme figura está oculta bajo montañas de arena, y esto le ha hecho perder gran parte de su altura. La cara presenta el mismo tipo que todas las estatuas egipcias; ancha,

mofletuda y con la nariz chata, lleva sobre la cabeza una especie de tiara que le cae por los lados de las sienes. Está en parte mutilada; los soldados de Cambises dejaron estos rastros de su barbarie. El color rojo de que estaba embadurnada no ha desaparecido aún totalmente, y contribuye para darle un aspecto salvaje. Se cuenta que en tiempo de los egipcios, y cuando esta figura se destacaba enteramente sobre el suelo, había tres templos tallados entre sus manos. A ser esto cierto, preciso es convenir en que la Esfinge ha perdido más de la mitad de su altura, por pequeños que los templos se supongan.

Sentada sobre la arena una de las irlandesas,—la más gorda y la más vieja,—sacó de su pequeño saco de viaje una cartera, y arrojando miradas de través sobre la Esfinge, dignas de Rafael Sanzio, se consagró, lápiz en mano, á sacar de ella una copia. Su marido en tanto, el honorable Mr. Whake, abogado de Dublin, con la calva cabeza cubierta, el ojo alelado y abierta la boca, asistía al artístico trabajo de su esposa, con la devoción con que un creyente asiste á las ceremonias de su culto. La otra irlandesa distraía á cada paso á su hermana, diciéndole:

—Dibuja aquel montecillo de arena.

—Dibuja aquel hermoso árabe.

—Dibuja aquel muchacho que trae el botellon de agua en la mano.

—Dibújame á mí sentada sobre esta piedra.

—Querida hermana, dijo el flemático Whake con su voz apagada á consecuencia del abuso que de ella había hecho en defensa de la justicia, debes considerar que el lápiz no es tan rápido como la cámara oscura del fotógrafo.

Mientras estas y otras conversaciones sonaban en derredor de la artista, consagrada esta á su noble tarea, no tenía vida sino para el noble arte de que era entonces sacerdotisa.

Pasada media hora de trabajo, exclamó llena de júbilo:

—Está concluido. Mira, Juan, ¿qué te parece?

—Soberbio, dijo el abogado con entusiasmo; es un cuadro digno de Turner.

—¡Magnífico! gritó la hermana, rubicunda por la emoción que aquella maravilla le causaba; merece un abrazo.

Y efectivamente, la irlandesa, llena de veneración por su hermana, tomola entre sus brazos y la besó repetidas veces.

—¿Qué dice vd. de esto? me preguntó el abogado pasándome la cartera.

—Digo, le contesté, que Turner, Salvator Rosa y todos esos maestros famosos en el paisaje, no han tenido inspiraciones del calibre de las de la señora.

—No tanto, no tanto, me contestaron riendo todos tres.

Y en efecto, lectores, no era tanto, pues la irlandesa, queriendo hacer el dibujo de la Esfinge, había hecho el retrato de un feo gato.

De allí pasamos á visitar las innumerables tumbas que se abren por todas partes en el suelo. Hay una que acaba de ser descubierta: está tallada en la roca, y tiene una cámara con varios órdenes de nichos sobrepuestos á manera de los que se ven en las catacumbas. Tan antiguo así es el origen de los nichos ó gavetas de nuestros cementerios.

Hay una especie de templo formado con columnas angulares monolitas, perfectamente conservado.

En los subterráneos que se encuentran á mitad invadidos por la arena, se miran todavía algunas mómias dentro de sus cajas resplandecientes hasta ahora, con los vivos colores que los siglos no han podido empañar.—

A las cuatro de la tarde montamos en el coche para tomar de nuevo el camino del Cairo. Al partir vino á decirme el doctor Mahmud que iba á subir á la cumbre de la más alta Pirámide, en cinco minutos, pues un inglés ofrecía pagarle diez francos por esta rápida subida.

Saqué mi reloj, y mientras rodaba el coche, no perdí un momento de vista al doctor Mahmud, deseoso de saber si era capaz de cumplir lo prometido.

Pocos momentos despues vi al árabe trepar por las laderas escarpadas del coloso. Aquel hombre saltaba sobre las piedras con agilidad maravillosa, y á la distancia desde donde yo lo observaba, parecia no tocarlas siquiera con las plantas. Hubiérase dicho que el camino que seguia era fácil y exento de riesgo, conforme adelantaba por él sin detenerse, como si tuviera alas. Parecia una cabra montés brincando sobre los vertiginosos desfiladeros de las serranías. Llegó por fin á la cumbre; y saltando sobre la plataforma, prorumpió en gritos de triunfo, agitando en alto las manos. Su figura en aquel instante, empequeñecida por la altura y la distancia, se destacaba airosa sobre el horizonte iluminado; era la silueta fiera y salvaje del hombre de la naturaleza.

Eché una mirada á mi reloj. Cuatro minutos y medio habian transcurrido apenas. Mahmud habia cumplido con exceso lo prometido, y habia hecho aquel camino en menos de la tercera parte del tiempo que yo, con ayuda de ocho brazos, habia gastado en recorrerlo.

## CAPITULO VII

### MENFIS Y ZAKKARAH

Enero 20 de 1873.

Las seis de la mañana vino Fortunato á buscarme al hotel. Dos asnos nos esperaban á la puerta. Montamos sobre ellos y nos dirigimos á la estacion de Bulaq, que es la primera del camino de fierro del Alto Egipto. La estacion, por una idea bien singular, está fuera del Cairo y á respetable distancia. El camino para llegar á ella, se cruza en algo mas de una hora. Eran las ocho y cuarto, y el tren deberia partir á las nueve en punto. Pocas esperanzas teniamos de llegar á tiempo; pero contando con la falta de exactitud de los ferrocarriles del país, hicimos andar á buen paso nuestras cabalgaduras, y nos echamos en brazos de la suerte.

No teniamos un cuarto de hora de marcha, cuando el asno de Fortunato, que era flaco en demasia, se cansó totalmente y comenzó á dar traspies á cada paso. Cuatro ó cinco veces rodó mi dragoman por el suelo, arrastrado por la extenuada bestia que tropezaba y caia; pero el animoso Fortunato tornaba á levantarse lleno de brío, y apostrofando al pobre animal con palabras que no son para dichas, montaba sobre él, y á palos obligábalo á caminar diligente.